www.flacsoandes.edu.ec

JUAN LEON MERA ITURRALDE

POEMAS EUCARISTICOS

SEGUNDA EDICION

BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO
«La Prensa Católica» ECUADOR
1949
COLECCION GENERAL
Nº 7413 AÑO 1991
PRECIO ..... DONACION .....
0002902 — J.

INU. E0049330

HOGAR EUCARISTICO

¿Habrá nada de tan íntimo encanto en el hogar católico, como las hondas emociones de la Eucaristía? ¿Habrá en él fiesta como la de una Primera Comunión?

En la del Bautismo, la regocijada ternura con que se celebra el nacimiento a la vida de la gracia del nuevo cristiano, tiene forzosamente su sombra de recelos por las incertidumbres del porvenir: les tan frágil la vida del recién nacido..., y ante su dicha, es su propia inconsciencia tan total!

En la Primera Comunión, los padres cristianos ven lograda la meta de sus primeros anhelos: han superado los riesgos iniciales, han puesto a la tierna criatura que Dios les regalara en contacto consciente y amoroso con su Criador, y esta criatura, hermosa con todo el hechizo de su despertar a la vida, a El la ofrecen, con la misma fe con que las madres de Palestina presentaban sus pequeñuelos al dulce Jesús evangélico, y, como ellas, tienen la emoción inexpresable de ver las caricias divinas esparcidas sobre la cabeza del niño feliz.

Para un padre creyente, para una madre piadosa, ¿qué es la visión del hijo que, juntas la manecitas al pecho, vuelve por vez primera del altar tra-

yendo, dentro de sí, a su Dios? ¡Qué transfiguración de la ternura humana en ternura divina! ¡Qué felicidad, la de adorar a Dios en el propio hijo, en el nuevo sagrario vivo que se ha formado en su corazón!

Lo que tantos padres cristianos habrán sentido, sin palabras para expresarlo, es lo que, con múltiple experiencia, ha cantado, derrochando un caudal de piadosa ternura, Juan León Mera Iturralde. Tres Cantos de imponentes proporciones, dedicados a sus tres hijos, y conocidos sólo de unos pocos en minúsculas ediciones, más veintidós sonetos, repartidos con profusión a todos los niños del radio ensanchado del círculo familiar, tal es el precioso regalo que nos hace, en estos días en que suaves efluvios eucarísticos van impregnando nuestro ambiente, en la proximidad del Segundo Congreso Eucarístico Nacional.

Y lo que nos ofrece es alta y serena teología, filtrada (si así cabe expresarse) por las entretelas del corazón; no la teología que se aprende en las aulas o se lee en los tratados dogmáticos y exegéticos, sino la que se vive frente al sagrario, la que se conversa con Jesucristo, al ponderarle a El mis-

mo en íntimo coloquio las maravillas de su Eucaristía, para agradecérselas con llanto de gratitud. ¡Nobilísimo canto el que así brota, informado a la vez por la ciencia sagrada y por el amor, el que enuncia, con seguridad perfecta y con ternura que se transparenta, las verdades supremas de nuestra fe en el misterio en que ha compendiado Dios su amor para con los hombres!

¡Nobilísimo canto, y de qué abolengo entre nosotros! Con amable delicadeza y tino certero de crítico, escribía al autor, con ocasión del primer poema, «Amor eterno», Juan Abel Echeverría: «Son inspiraciones divinas, comunicación de Dios, que emulan los cantos del ruiseñor del santuario, el no entendido sino de pocos, Belisario Peña, para quien la fama del mundo ha sido esquiva, porque el sol de su gloria está en el cielo. En verdad que, de vivir Peña y encontrar las poesías de Ud., habría dicho: No recuerdo cuándo escribí estos versos... Y al ver la firma, hubiera añadido: Juan León me ha hurtado mi lira. Y, en oyéndolo yo, le hubiese replicado: No ha menester, porque heredó la de su padre...».

¿Qué añadir a este elogio tan atinado y discreto como merecido? Las poesías y los sonetos eucarís-

ticos de Juan León Mera Iturralde representarán en nuestra literatura una última floración, en pleno siglo XX, de aquella poesía religiosa noble y elevada, que brilló en el siglo pasado con Matovelle, Quintiliano Sánchez, Honorato Vázquez, Crespo Toral, Juan Abel Echeverría y Belisario Peña. Fiel a los dictados de su conciencia artística, dentro de la luminosidad de una inspiración tranquila, vierte Juan León Mera sus versos nutridos de excelsos pensamientos, jugosos, sinceros, sentidos, sin afectaciones de forma, sin alardes de fantasía, sin carcoma de novedad. Se atreve a decir, liso y llano, lo que tiene en el corazón, las más veces en un lenguaje asimilativo, que puedan comprender y apropiarse los niños a quienes regala sus cantares. Se atreve a ser inteligible y sencillo, porque sabe que al trasluz de esta sencillez está la filigrana nobiliaria de los señores del verso.

Bienvenida sea, pues, esta publicación tan oportuna: bienvenida, como primicia de la gran fiesta eucarística que nuestra Patria espera; bienvenida, como joyel de precio duradero, que atesorará codicioso nuestro parnaso nacional.

AURELIO ESPINOSA PÓLIT S. I.

I

AMOR ETERNO

A MI HIJO

JUAN LEON

EN SU PRIMERA COMUNION

QUITO—26 DE JUNIO

DE 1930

AMOR ETERNO

Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.
Joan. XIII – 1.

DIOS ERA: ¡eterno piélago insondable!
Omnipotencia, Amor, Sabiduría,
Trino y único Ser, cuya inefable
felicidad ni mengua ni varía.

Generación eterna y necesaria;
eterno proceder de igual esencia,
perfección del Amor, vida plenaria...
¿algo faltaba a Dios en su existencia?

¿Quién aumentar podía su infinita
majestad, por El sólo avalorada?
¿Quién su gloria esencial? ¿Qué necesita
el que es todo, y qué puede dar la nada?

¿Y por qué en el reposo inalterable
de su Ser, siempre igual y siempre vario,
antes del tiempo el Padre inexorable
inmola ya al Cordero del Calvario?

¿Y por qué en la mansión del increado
seno del Padre eternamente sueña
el Verbo con un claustro inmaculado,
un seno virginal, que no desdeña?

Y más allá, cual término y remate
de ese de amor misterio soberano,
¿por qué mira una Hostia, en la que late
un corazón, que es suyo, siendo humano?

¡Una Hostia, un Sacramento, en que culmina
todo el eterno amor en que se incendia,
y que las maravillas determina
que ha de obrar en el tiempo y las compendia!

Tras llenar un abismo y otro abismo,
en ella a remansarse irá el torrente
de la Gracia: en esa Hostia estará El mismo,
de esta invención de amor principio y fuente.

¡Causa final de toda criatura
el Creador a su misma obra unido!
¡un Redentor hijo de Virgen pura!
¡el Verbo eterno en Hostia convertido!

¿Tú, sumo Bien, encuentras tus delicias
en una Humanidad aún no criada?
¿Tú, Omnipotente, sueñas y acaricias
la idea de llegar casi a la nada?...

Misterio que confunde y arrebata,
sin comprenderlo, a inteligencias puras;
Amor, que sobreabunda, se dilata
fuera de Dios... ¡y son las criaturas!

Y comienzan los siglos; y es empeño
del sumo Amor, que más y más se expande,
manifestarse más y más pequeño
a medida que al hombre hace más grande.

Ya la doliente Humanidad caída
tras de la culpa que engendró su muerte,
ve nacer la esperanza de otra vida
que mudará su condición y suerte.

Y en la noche de siglos, ya produce
calor, y ya las cumbres ilumina,
y en figuras y símbolos preluce
del prometido Sol la luz divina.

Y viene al fin la aurora, y viene el día,
como antes de los tiempos fue previsto:
¡Tu Inmaculada Concepción, María!
¡Tu Encarnación divina, Jesucristo!

Ya te veo en Belén, recién nacido;...
¡Basta, Señor! ¡La gracia nos inunda!
¡Basta, Señor!... ¡Con tu primer vagido
ya el precio del rescate sobreabunda!...

Ya está segura del mortal la suerte...
¿Satisfecho está ya tu amor supremo?
¡Ay! te veo en la cruz, quieres la muerte:
¡te ha llevado el amor a tal extremo!

¡Extremo tal que sólo en Dios se ha visto!...
¿Puede haber más? ¡Ah, mucho todavía!
Antes de ir a la muerte Jesucristo
va al colmo de su amor: ¡la Eucaristía!

¡Oh inefable, divino Sacramento!
¡oh soberano dón! ¡santa locura
de un Dios enamorado! ¡testamento
de Jesús, que su Reino me asegura!

¡Oh foco luminoso que refleja
todas las divinales perfecciones;
que las tinieblas del error despeja,
que inflama y purifica corazones!

¡De milagros altísimos conjunto:
Divinidad no ya sólo humanada,
y mísera y pasible, sino a un punto
reducida en los lindes de la nada!...

Cuando su amor cubría de verdura
el virgen suelo en la tercera aurora,
¡oh trigo! ¡oh vid! ¡con qué especial ternura
os vería la Mente previsora!

Eras el pan y el vino, de que un día,
con amorosas, infinitas ansias,
por dársenos El mismo, tomaría,
sin mudar las especies, las substancias.

¡Un átomo de pan, gotas de vino!
¡y estás allí, Jesús!... Inmaculado,
el seno de María, aun fue mezquino
albergue para Ti... ¡y éste has buscado!

¡Tal pequeñez tu inmenso amor consiente!
y en modo espiritual y verdadero,
allí, sin extensión, está presente
tu sacrosanto cuerpo todo entero.

Y allí la sangre que tu Madre pura
te dió en su seno, y nos salvó, vertida;
y en todo el esplendor de su hermosura,
allí tu alma santísima escondida.

Y con tu ser humano, ya impasible,
tu divina substancia, ¡oh Verbo eterno!
y contigo en unión indivisible,
el Padre y el Espíritu supernol...

¡Basta, basta, Señor!... ¡ya me estremezco!
Mi pequeñez y mi impotencia lloro:
ni alzar los ojos hacia Tí merezco;
callo, humilde prostérnome y adoro.

A MI HIJO

Hijo mío, en tu vida que comienza
llegó el día que ansiaba mi ternura:
antes que el plazo de la mía venza
me ha concedido Dios, esta ventura.

Despunta apenas para tí la aurora
de la razón, y comprender no puedes
lo que va a suceder contigo ahora,
cuando en tu pecho al mismo Dios hospedes.

¡Qué digo! ¿acaso a comprender alcanza
ni mente celestial el gran portento?...
No cabe sino amor, sólo alabanza,
y adoración y humilde acatamiento.

CULTURA
BIBLIOTECA
NACIONAL
QUITO

Vas a engolfarte en piélagos de gracia
junto a su origen que está allí escondido;
vas a comer el pan que al alma sacia,
vas a ser como Dios, a Dios unido.

Acércate al altar; allí te espera
lleno de amor Jesús; ¿oyes? te llama;
corre, no temas... es la vez primera
en que vas a saber cuánto te ama.

Por la fe que El infunde en tu alma pura
sabes que en esa hostia pequeñita,
de la que sólo ves forma y blancura,
en cuerpo y alma y ser divino habita.

Sabes que en tí ha pensado eternamente;
que para redimirte al mundo vino,
y que en el colmo de su amor ardiente
te abrió en la Cruz su Corazón divino.

Y aquí está El mismo aún: su testamento
te hizo heredero de su misma gloria
y prenda fue el divino Sacramento...
Esta, hijo mío, es de su amor la historia.

Acércate a Jesús; abraza, besa...
vamos juntos, los dos, ¡santa alegría!
tú cual rayo de sol que al sol regresa,
yo como sombra que su luz ansía.

Ha mucho tiempo sólo humilde llanto
he podido ofrecerle en mi insolvencia;
hoy le presento, con orgullo santo,
tu tierno corazón y tu inocencia.

Paréceme que al ir junto contigo,
—contigo, carne de mi carne y vida
de mi vida—tornar ahora consigo
a la inocencia, por mi mal perdida.

Mi fe se aumenta; con el tuyo siento
crecer mi amor; se afirma mi esperanza;
lágrimas vierte mi arrepentimiento...
¡Tánto es el bien que tu candor me alcanza!

También un día, como tú, inocente,
yo me acerqué al altar por vez primera,
y aun pecador después, nunca el torrente
de la gracia faltóme en mi carrera...

¡Oh feliz hijo mío! Te rodean
con santa envidia célicas legiones,
que en su profunda adoración desean
alma humana y humanos corazones.

¡Poder unirse a Dios! ¡Cómo se asombran
de ver oculto y sin hallarse estrecho
al que temblando en el Empíreo nombran
en la estrechez de tu inocente pecho!

El mismo que reposa eternamente
en el seno del Padre; el que María
tuvo en su seno virginal, consiente
que le adoremos en tu pecho hoy día.

Sí, te adoro, Señor, y te bendigo
por él, por mí: también al mío enfermo
dígnate de venir, guarda contigo
su corazón en flor y el mío yermo.

Señor, que me has colmado de ventura
una vez en mi vida siempre triste;
este dulzor compensa la amargura
de tanta hiel como a beber me diste.

¿Qué te diré, mi Dios? ¿qué diré a mi hijo?
¿Cómo entonar un canto de alabanzas?
¿Cómo expresar mi santo regocijo,
mis temores, consuelos y esperanzas?...

Entra ya, Jesús mío, entra en el pecho
del hijo de mi amor, tu criatura,
y jamás lo abandones, en provecho
del enemigo, que su mal procura.

Antes, Señor, mi corazón destroza:
antes que ver manchado por el vicio
el suyo, que hoy de tus caricias goza,
venga su muerte, acepto el sacrificio.

Y tu, hijo mío, el corazón inflama
en esa eterna inextinguible hoguera;
sólo esto anhela, por sólo esto clama
tu padre, que por tí la vida diera.

II

¿QUIEN ES JESUS?

A MI HIJO

FRANCISCO

EN SU PRIMERA COMUNION

QUITO – 2 DE JULIO

DE 1935

¿QUIEN ES JESUS?

In illo tempore respondens Jesus dixit: Confiteor tibi Pater, Dominus coeli et terrae, quia abscondisti haec a sapientibus, et prudentibus, et revelasti ea parvulis.
Matth. XI—25.

I

¡SURSUM CORDA!

Desde el profundo abismo de mi nada,
esforzando a mi alma en su quebranto,
hoy quiero remontarme a la increada
hermosura de Dios mil veces santo.

¡Por tí, hijo mío!... Con tus alas puras
alza también el vuelo; ve adelante,
y engólfate en la luz de las alturas...
Yo a tu zaga, feliz... y sollozante.

¡Al cielo, al cielo! El alma nuestra tiende
a elevarse hacia Dios, como la llama
a la esfera del sol. ¡Asciende, asciende!:
alas presta el amor al que bien ama.

Y tú amas a Jesús. Sí, ya en tu seno
le has recibido por la vez primera;
ya empiezas a saber que es dulce y bueno;
no te detengas, sigue tu carrera.

¡Conocer a Jesús! ¡Amarle!... ¡Ay! cómo
nuestra mezquina condición se asusta
de tan dulce imposible, ante el asomo
de esa infinita majestad augusta!

Pero no temas; porque tú subieras
El ha bajado y en tu seno mora:
no eres ya, por tu dicha, el que antes eras,
se ha unido a tí, y eres un Dios ahora.

¡Vuela, vuela, endiosada criatura!
Para saber quién es Jesús, la mente
ha de buscarle en la suprema altura,
donde ha vivido, y vive eternamente.

II

EL NIÑO ETERNO

¿Quién es Jesús? Incomprensible alteza,
fuente a la fuente igual de que dimana;
siempre engendrado, en día que no empieza,
por toda eternidad, y hoy, y mañana.

Verbo del Padre, su perenne grito,
causa y modelo de generaciones,
al mirarse, con júbilo infinito,
infinito en divinas perfecciones.

¡Ese es Jesús! De todo cuanto existe
única explicación, causa y medida,
y por quien de hermosura se reviste
la creación, y tiene luz y vida.

CASA DE LA CULTURA ECUA
BIBLIO
NACI

Misterio del Amor, que no comprende
ni la más alta y noble criatura:
diríase que Dios tan sólo atiende
a crear, para unirse El a su hechura.

Y no es la espiritual y la más alta
naturaleza a la que unirse ansía;
a la inferior y más humilde exalta,
¿por qué?... ¡Responda su Sabiduría!

De toda creación, en ese instante
perenne para El, fué el hechicero
aspecto humano de divino Infante
lo que su mente contempló primero.

¡Un Niño-Dios! ¡Oh dulce, oh peregrino
dechado de hermosura! ¡Oh inefable
foco de eterno bien! ¡Oh del divino
eterno Amor misterio impenetrable!

¡Un Niño-Dios!... Dejemos ya la altura,
hijo mío: en la tierra nos reclama
el portento de amor y de ternura,
realización del divinal programa.

III

EN EL SENO DE MARIA

¡Dulce impaciencia del Amor divino,
que por María apresuró la hora
del gran misterio! Inesperada vino
la gloria al mundo, y él su gloria ignora.

¡El Verbo se hizo carne! Ya encerrado
de una Virgen purísima en el seno
está el gran Rey de todo lo creado,
plenitud del amor, de gracia pleno.

La más santa y excelsa criatura,
con humildad sublime, en dulce calma,
le dió para su cuerpo sangre pura,
y El de la nada se ha creado un alma.

Cuerpo maravilloso, en que cupiera
cuanto en la creación hay de sublime;
hecho para la gloria que le espera,
hecho para el dolor con que redime.

Colmo de perfección en lo creado,
cuerpo en que esplende la belleza suma,
por el Amor para el amor formado
sin que el divino fuego lo consuma.

Un alma, que el Amor omnipotente,
para integrar el hombre al que se unía,
de la nada sacó, más refulgente
que del Empíreo el perdurable día.

Alma que los ardores inefables
de aquella unión resiste, que atesora
océanos de gracia inagotables,
y como sol la eternidad decora.

¿Qué hace el Verbo en la cárcel prisionero
donde empieza, sufriendo, humana vida?
Representante del Adán primero,
¿no ofrece ya la expiación debida?

Y esa oblación del hombre a Dios unido
¿no es ya digna de Dios, y no es bastante
a redimir mil mundos? ¿No ha cumplido
con su misión el celestial Infante?

Aun no: la Redención tiene escenario
muy más inmenso; apenas raya el día
que su ocaso ha de hallar en el Calvario,
y su colmo en la santa Eucaristía.

¡Oh Virgen pura, que a Jesús entrañas!
¡Oh primer tabernáculo escondido,
donde tú sola en su esplendor te bañas
y adoras al Dios-Hombre allí dormido!

De este hijo mío aviva el noble empeño
de abarcar el divino panorama;
guíale tú a Jesús, su dulce dueño,
¡haz que comprenda ya cuánto nos amal

IV

EN BELEN

¡Oh maravilla! El Niño que hemos visto
en el seno de Dios, sobre unas pajas
reposa ahora: es El, es Jesucristo,
aprisionado por humildes fajas.

Una gruta, un pesebre, helada brisa;
pobreza y desnudez... Ajuar es este
que eligió El mismo... Su primer sonrisa
aclara el antro con fulgor celeste.

Tiernos vagidos infantiles, cantos
de gloria y paz de célicos cantores:
de María y José transportes santos,
humilde adoración de los pastores.

Grandeza y pequeñez, luz y tiniebla,
contrastes hondos en que se complace,
el que de mundos los espacios puebla,
el que es eterno y en el tiempo nace.

¿Cómo recibe a su Hacedor el mundo?
¿Cómo, si canta el cielo, él enmudece?
¡Oh! ya María, en éxtasis profundo,
la más sublime adoración le ofrece.

Adoración con que su amor demuestra,
que la del mismo a quien adora imita:
por ser de humana criatura, nuestra,
por ser ella quien es, casi infinita.

Hijo mío, recoge el alma pura
y con María humildemente adora
al que ha bajado de infinita altura,
y en un establo busca albergue ahora.

Al tierno Niño, que a vivir empieza,
y mil eternidades ha vivido;
al que teniendo en sí toda realeza,
como esclavo misérrimo ha venido.

Al que los mundos que crió sostiene,
hoy impotente, en desvalida infancia;
al que el saber por atributo tiene,
y aparenta del niño la ignorancia.

Al que en la oscuridad gime, desnudo,
y es de los cielos lumbre y alegría;
al que es Verbo de Dios, y yace mudo
en el silencio de la gruta fría.

V

HACIA LA EUCARISTIA

¡Adórale, hijo mío! Como niño,
más desvalido que en la gruta triste,
en cuánto altar, a veces sin aliño,
está Jesús, a quien hoy recibiste.

Adórale en tí mismo, pues lo tienes
dentro del corazón, pobre morada
con que soñaba el gran Dador de bienes
cuando la creación aun era nada.

¡Oh santa Eucaristía,—fiel trasunto
de la primer morada de ese tierno
huésped del mundo ingrato,—eres conjunto
de los prodigios de su amor eterno!

En élla piensa, más que en el Calvario,
desde el primer instante de su vida:
para colmar su amor fué necesario
darse El mismo a los hombres por comida.

Cuando, niño, en los brazos maternales,
por los collados de Belén transita,
y atraviesa tal vez por los trigales
donde espigaba Ruth, la moabita;

o en las llanuras que fecunda el Nilo,
—a donde, huyendo de feroz tirano,
ya perseguido, va a buscar asilo—
contempla un haz de espigas en su mano,

en pensar que El es hostia se complace,
—¡oh de su amor inescrutable abismo!—
¡Trigo, materia de que el pan se hace,
pan, en que un día ha de trocarse El mismo!

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

Y en Nazaret, al contemplar las vides,
a las que más que el sol das lozanía,
¿será posible, Niño, que te olvides
de que tu sangre será vino un día?

Y cuando regocijas una boda,
trocando el agua en generoso vino,
tu gran bondad, que a todo se acomoda,
¿no piensa acaso en trueque más divino?

Y al dar sustento a muchedumbre inmensa
con pocos panes como multiplicas,
¿la profusión con que tu amor dispensa
tu cuerpo, vuelto pan, no significas?

Y al ofrecer, junto al brocal del pozo,
agua viva a feliz Samaritana,
¿no estás pensando, con divino gozo,
en el altar, donde tu gracia mana?

¡Ah! sí, Jesús en todos momentos
de su vida mortal,—como en la eterna,—
piensa en éste, el mayor de los portentos
con que acredita la misión paterna.

Vida de amor y de dolor la suya,
que ha de parar en una cruz infame,
porque la vida al hombre restituya
y la gracia a torrentes se derrame.

Mas, al anhelo de su amor sin nombre
no basta aun si por el hombre muere:
quedarse aquí, no abandonar al hombre
y unirle a El mismo y endiosarle quiere.

VI

CONSUMACION

Y llega un día, el día de sus ansias,
día el más grande de los siglos; llega
la hora en que Dios, robando las sustancias
del pan y el vino, al fin se nos entrega.

¡Y en qué momento!... Di, Jesús, ¿no dudas?
¿No ves que acecha el odio furibundo,
y que a tu lado se reclina Judas,
que Tú te das, y te rechaza el mundo?

Vas a beber el cáliz de la ira,
vas a ser triturado en el tormento;
y el mundo llamará tu amor mentira,
y escarnio hará del santo Sacramento...

¿Por eso estás acongojado y triste?
¿Por nuestra ingratitud? ¿por el suplicio?
Bien lo sabes, Señor. Tú lo quisiste:
después del sumo dón, el sacrificio.

¡Y al sacrificio vas! Ya se derrama
a torrentes tu sangre redentora,
que no venganza al cielo airado clama
sino perdón para el deicida implora...

¡Todo se consumó! Ya estás sin vida,
suspenso de la cruz, exangüe y yerto,
y en Tí la puerta al cielo, la ancha herida
del corazón, por una lanza abierto.

VII

A MI HIJO

Suspende ya, hijo mío, tu carrera.
Ya sabes quién es El; has entrevisto
algún destello de la inmensa hoguera
que arde en el Corazón de Jesucristo.

¡Ay! hijo de mi amor, si el alma mía
tuviera yo abrasada en ese fuego;
todo él al punto te transmitiría
y entre tus brazos me durmiera luego!

Mas, ¡ay! qué triste y miserable y frío
mi pobre corazón... El tuyo inflama
en el amor de Dios y enciende el mío,
que, aun miserable, con delirio te ama.

Pienso en tu dicha y lloro de ternura;
pienso con ansia en tu futura suerte,
y para hacer eterna tu ventura
sólo lágrimas tengo que ofrecerte.

Para que ames el bien y huyas del vicio,
para evitarte a tí toda desdicha,
unir al de Jesús mi sacrificio,
morir por tí, fuera mi plena dicha.

Darte quisiera... ¿Qué podría darte
si nada tengo? ¡Ah! no, de mí no esperes
más que este pobre amor... ¡Quisiera amarte
como Jesús!... ¡El te ama!... ¿Qué más quieres?...

¡Basta, hijo mío! En lágrimas deshecho,
me postro... ¡Deja que a Jesús adore!...
Le estrecho a El, si al corazón te estrecho...
No sé decirte más... ¡Deja que llore!

¡Oh lumbre clara de la eterna hoguera!
¡Oh, Jesús, que tu fuego nos inflame!
¡Oh, hermosura novísima y primera,
que este hijo mío te conozca y ame!

III

¡NUNC DIMITTIS!...

A MI HIJO

LUIS EDUARDO

EN SU PRIMERA COMUNION

QUITO—10 DE JUNIO

DE 1937

¡NUNC DIMITTIS!...

Sinite parvulos venire ad me.
Marc. X—4.

Señor Jesús, una vez más me abismo
ante el misterio de tu amor inmenso;
y en ese amor quisiera arder yo mismo
y consumirme en él como el incienso.

Tregua en el sufrimiento, una alegría
cual pocas veces en mi vida tuve,
me deparas Señor: descanso hoy día
tras el largo camino que ya anduve.

¡Quiero cantar! Que este hijo mío tierno,
hoy, cuando se une a Ti por vez primera,
me oiga ensalzar lo que es tu amor eterno,
lo que es la inmensa dicha que le espera.

Henchido el corazón, bañado el rostro
en lágrimas de gozo inmerecido,
a tus divinos pies, Señor, me postro,
y para hablar de Ti gracia te pido.

***

Tu Pontífice augusto, el santo Pío,
que verte amado como él mismo te ama
quisiera en su inefable desvarío,
así postrado ante el Sagrario clama:

«¿Qué puedo hacer, Señor, para que veas
la Humanidad rendida ante Ti solo,
para que reines en verdad y seas
único Rey de Amor de polo a polo?

¿Qué puedo hacer porque tu santa Esposa,
tu Iglesia, más y más se santifique;
para que el hombre, a quien el mal acosa,
a Ti acuda, y se salve y vivifique?»

LA CULTURA ECUATO
BIBLIO
NACI
QUIT

Y Tú, Señor, que ser amado anhelas
como amas Tú, le respondiste un día:
«¡Quiero que a todos hacia Mí compelas;
vengan las almas a mi Eucaristía!

Sabes con cuánto amor este divino
banquete preparé; los convidados
haz que entren sin tardar: ¡con pan y vino
de vida eterna se verán saciados!»

Y con asombro y júbilo del mundo
el salvador decreto se proclama:
«¡Venga a saciarse a diario el sitibundo,
a esta fuente de amor Jesús le llama!»

Y vuelve a orar, con renovado celo,
con insistente afán: «¿Qué más ordenas?
¿Algo te falta? ¿Algún divino anhelo
guarda tu Corazón que aún no lo llenas?»

Y tu respuesta fue: «¡Sí, quiero ahora
los niños junto a Mí; no se postergue
su bien y mi consuelo; sin demora
sus almas puras bríndenme un alberguel»

Y para hacer tu voluntad expresa,
con un amor que de tu amor dimana,
sienta Pío a los niños a tu mesa
y a Ti los une en comunión temprana.

⁂

¿Los niños, con el cándido atavío
de su inocencia, quieres?... ¡Yo te imploro
que sientes a tu mesa a este hijo mío,
mi último amor y mi último tesoro!

Si es para mí como ángel de tu cielo
el paternal afecto no me ciega:
Tú miras su alma; a tu mirar apelo,
que a lo más hondo de las almas llega.

Diáfana de inocencia hallas la suya
cuando penetra en su cristal tu vista...
¡Míresla siempre así; no se destruya
ni mengue su candor; tu amor la asista!

Cuando borraste en su alma toda huella
de la culpa de Adán y la eficacia
del Sacramento augusto puso en ella,
como en vaso purísimo, la gracia,

puesto el inmundo espíritu en huída,
al momento el Espíritu Divino,
porque viviera de su misma vida,
a hacer en ella su morada vino.

Y este divino Huésped, que la inunda
con sus dones y amante la hermosea,
la ha vuelto ya con su labor fecunda
un jardín en que El mismo se recrea.

Mira, Señor, que límpida y sencilla
de este niño es la fe; con qué confianza
se vuelve a Ti; cómo serena brilla,
sin recelos ni dudas su esperanza;

y cómo, lleno de emoción sincera,
hoy te repite: ¡Jesús mío, te amo!;
¡con cuánto gozo tu venida espera,
con cuánto afán acude a tu reclamo!...

¡Válgale, Señor mío, su inocencia,
que de este don menos indigno le hace:
colma su dicha ya con tu presencia,
haz que con tu hermosura se solace!

¡Baja, Señor, al alma de mi hijito;
confírmala por tuya desde ahora;
sumérgela en el piélago infinito
de tu misericordia salvadora!

***

Ya voy cediendo al peso de la vida;
y al volver la mirada del recuerdo
a la penosa senda recorrida,
en mar de dudas y aflicción me pierdo.

¡Ay! cuando mi hijo sienta de improviso
las primeras espinas que le hieran;
cuando entre el bien y el mal se halle indeciso
y vislumbre las luchas que le esperan,

¿estaré yo con él? ¿podrá mi celo
evitarle tropiezos y caídas,
servirle de sostén y de consuelo
y restañar la sangre en sus heridas?...

Cómo ante esta pregunta sin respuesta
se conturba mi sér...; pero se lanza
en pos de Ti, Señor, y una vez puesta
la vista en Ti, renace la esperanza.

Acaso yo no esté; pero es seguro
que estarás Tú, Señor... ¡Oye mi ruego:
desde hoy te lo consagro, tierno y puro,
y a tu amoroso Corazón lo entrego!

Tuyo es, Señor... ¡Hay padres criminales
que sus hijos te niegan si los llamas,
y te roban sus almas virginales,
y a ellas el grande amor con que las amas!

¡No así, Señor, no así, tu pobre siervo;
aunque soy pecador, te amo y adoro;
gracias a Ti, viva la fe conservo,
y en Ti confío y tu piedad imploro!

Acuérdate, Señor, que aún no nacía
este último tesoro de mi suerte,
y ya te lo entregaba y te pedía
que fuera sólo tuyo hasta la muerte.

Para él no pido yo gloria mundana,
ni riquezas, ni honores; sólo anhelo
que te ame siempre y que en la fe cristiana
tenga guía y sostén, luz y consuelo.

Tú me lo diste, te lo restituyo.
No hay título para él que más le cuadre
que el de hijo tuyo: sí, mi Dios, es tuyo;
¡mil veces más que yo, tú eres su Padre!

* * *

Todavia, hijo mío, no comprendes
ni aprecias mi oración: eres muy tierno;
pero llegará un día en que me ofrendes
tu gratitud por este afán paterno.

Porque entonces sabrás que fue la prueba
suprema de mi amor el entregarte
al Unico que crea y que renueva,
al que murió por ti para salvarte.

Piensa, hijo mío: este divino Amante,
este Dios Redentor es quien te espera:
su infinita grandeza no te espante,
que El mismo en ocultártela se esmera.

¿Nada tienes que darle? ¡Ay, hijo mío,
somos tan miserables!... Pero piensa
que si le das tu corazón vacío,
El va a llenarlo con riqueza inmensa.

Piensa en que viene a ti la misma Gloria,
la Ciencia y el Poder y la Hermosura;
todo en un Ser aunado, cuya historia
es única, inefable, eterna y pura.

¡Es Dios! ¡y te ama!... Sí, de cuanto ha hecho
nada existía aún, y ya te amaba;
y al criar cuanto existe,—satisfecho
de la obra de su amor,—en ti pensaba.

Y cuando vino a redimir al hombre
por fi en la gruta de Belén gemía;
y tomó el Nombre sobre todo nombre
para que en él tuvieras luz y guía.

Por fin, en trance de afrentosa muerte,
al ofrecerse a su divino Padre,
pensaba en ti, y aseguró tu suerte
haciéndote hijo de su misma Madre.

Y aún hizo más: al despedirse, urgido
por ese eterno amor, halla la forma
de quedarse, y ser tuyo, y ser comido
por tí, ¡y en alimento se convierte!

¡Sublime fruto de un amor divino
hermanado a divina omnipotencia!
Así el que amante a redimirnos vino
jamás nos privará de su presencia.

*
* *

Esta es la escuela del Amor; aviva
tu fe de niño en este Sacramento;
aprende a amar, para que tu alma viva
con la vida del que hoy es tu alimento.

Paz en el batallar, virtud del fuerte,
sostén del alma en la penosa senda
de la vida mortal, vida en la muerte
y de eterno vivir segura prenda...

¿Cómo no amarle tú? ¿No es, por ventura,
digno de inmenso amor su amor gratuito,
amor del Hacedor hacia su hechura,
amor del Dios eterno a lo finito?

Acércate, ya es hora: lleva abierto
de par en par tu corazón a Cristo...
Yo voy contigo... ¡de emoción no he muerto
y a este misterio anonadado asisto!...

***

¡Oh!, mi amado Señor, puesta en olvido
mi indignidad, que vea yo este día
de mi suprema dicha has permitido:
¡con humildad te ofrendo mi alegría!

Ya puedes ordenar que el pobre siervo
te rinda cuenta de su vida amarga...
Me espanta de mis culpas el acervo,
me abruma el peso de ominosa carga...

Pero confío en tu bondad. Dijiste:
Venid a Mí los que el trabajo agota,
los que gemís, el desvalido, el triste,
que sangre y llanto vierte gota a gota...

¡Ya me puedes llamar: hoy al postrero
de mis hijos recibes; ya lo he visto
junto a tu Corazón; ya nada quiero
sino a Ti sólo, oh Padre, oh Jesucristo!

¡Mis hijos!... tuyos son; te los entrego;
¡tuyos por siempre!... Yo ¿qué puedo darles?
Tiernas plantas, requieren otro riego:
el de mi llanto no podrá salvarles.

En mi paterno amor no hay eficacia
para hacer que estas plantas fructifiquen.
Tú lo puedes, Señor; sólo tu gracia
puede hacer que en su bien te glorifiquen.

Abrele ya al cautivo su mazmorra;
muestra a tu pobre siervo rostro amigo;
limpia mis manchas, mis maldades borra;
dame en tu Corazón seguro abrigo.

No desatiendas mis humildes preces;
da a mi familia amor, paz y concordia,
y haz que allá, donde eterno resplandeces
pueda cantar tu gran misericordia.

IV

RECUERDOS

DE PRIMERA COMUNION

SONETOS

I

Para Luz María Calisto S.
(a nombre de su padre)

Yo viví para amarte, hermosa y pura
hijita de mi amor, mi Luz María;
bien conoces mi amor y mi ternura,
y que todo por ti yo lo daría.

Pero tú ambicionabas tal ventura
que darte con mi amor yo no podía;
y me llenaba el alma de amargura
ver tu deseo y la impotencia mía,

Mas, hoy Jesús a hacerte suya vino
y a entregarse El a ti: ya tu deseo
miro cumplido y de ternura lloro.

No tengo celos de ese amor divino,
y te amo mucho más desde que veo
a mi Señor en ti, y en ti le adoro.

II

Luis Aníbal Mera Cárdenas

Oí el clamor con que Jesús me llama
y ansioso corro, por la vez primera,
a su divino Corazón, hoguera
que aun antes de allegarme ya me inflama.

¿Por qué mi amor con tanto afán reclama?
¿y quién soy yo, para que así me quiera?
¡Dios buscando a la nada!... ¡Quién pudiera
corresponder a un Dios que así nos ama!

Mas, no sucederá que ante ese arcano
y ante mi pequeñez me vuelva esquivo
al amor de mi dulce Soberano.

¡No, Jesús: sólo sé que Te recibo
hoy en mi pobre corazón humano,
y unido a Ti, de hoy más, tu vida vivo!

1921

III

Leonardo Mera Cárdenas

Yo soy, Señor, de aquellos pequeñuelos
que reclamabas, lleno de ternura,
y a quienes prometiste la futura
suprema dicha, el Reino de los Cielos.

Mas, si acercarme puedo, sin recelos,
y unirme a Ti, ¿no es ésta, por ventura,
la anticipada posesión segura
del Bien por excelencia, aunque entre velos?

¿Quién una dicha superior concibe?
¡Ah! tuyo soy, y Tú me perteneces.
¡Ya no vivo:... eres Tú quien en mí vive!...

Si aquí lo prometido das con creces,
¿qué puede ya esperar quien Te recibe?
¿Qué Cielo es, oh Señor, el que me ofreces?

1923

IV

Isabel Mera Cárdenas

Dulce Jesús, en el altar no veo
sino ese blanco pan sin levadura;
pero que estás allí me lo asegura
tu palabra divina, en la que creo.

Tú, que puedes saciar todo deseo,
infinito en poder y en hermosura;
principio y fin de toda criatura,
cuyo nombre en los astros deletreo.

¿Tú, de ese blanco pan con la apariencia
vienes a mí? ¿y ocultas para darte
toda tu majestad y omnipotencia?

¡Oh, misterio de amor! ¿Cómo pagarte?
¡Ay, yo no tengo más que mi inocencia
y un corazón de niña para amarte!

1926

V

José Vicente Maldonado E.

Me has llamado, Señor, con la ternura
con que una madre llama al pequeñuelo,
y ansioso busco en Ti, como el polluelo
bajo las alas, protección segura.

Me dicen que la vida es amargura,
y que áspera es la senda para el Cielo;
mas, ¿qué importa, Señor, si tu desvelo
allá la eterna dicha me asegura?

Y si me das aquí, no sólo abrigo
sino alimento y vida verdadera,
con tu cuerpo y tu sangre, que bendigo,

desde hoy sigo triunfante mi carrera;
pues viviendo de Ti, por Ti, contigo,
un Cielo tengo aquí y otro me espera.

1927

VI

Cecilia Maldonado E.

De la nada, Señor, Tú me creaste,
y un alma, imagen tuya, en mí pusiste;
de la culpa de Adán me redimiste,
y de gracia divina me colmaste.

Para que yo subiera, Tú bajaste,
y de la carne mía te vestiste;
porque yo no sufriera, Tú sufriste,
y en infame patíbulo expiraste.

Y no bastó; pues tanto me has querido,
que, agotando, tal vez, tu omnipotencia,
trocado en pan, hoy día a mí has venido.

Si así Te hallo, a la entrada de la vida,
sólo Te pido ya, Dios de clemencia,
tu plena posesión en la partida.

1924

VII

Lucía Maldonado E.

Me llamas, Jesús mío, y a Ti vengo,
llena de fe, de gozo y de infinita
ansia de unirme a Ti; tu amor me invita,
y aunque soy tan pequeña no me abstengo.

Bien lo sabes, Jesús, yo nada tengo
que ofrecerte; mas, esto no me acuita,
pues tu misma bondad me facilita
el ofrendarte lo que de ella obtengo.

Has trocado en riqueza mi indigencia:
¡eres mío!... ya nada más reclamo,
ni me puede dar más tu omnipotencia.

¡Eres mío, Jesús; mío el tesoro
de tu infinito amor!... ¡Con él Te amo,
y con tu mismo Corazón Te adoro!

1925

VIII

Enrique Maldonado E.

Cuando en la hostia, oh mi Jesús, te veo,
sabiendo que eres Dios allí escondido,
tiemblo de santo horror sobrecogido;
mas, no estorba el temor a mi deseo.

Sé que en mi pequeñez hallas recreo;
clara tu dulce voz llegó a mi oído:
para entregarte a mí sé que has venido,
y que al tenerte a Ti todo poseo.

Aquí me tienes, pues; por vez primera
acudo a tu dulcísimo reclamo,
y de tu Corazón corro a la hoguera.

Ya no sé más sino que eres el sumo
y único Bien, y que en tu amor me inflamo:
¡Feliz si en esa hoguera me consumo!

1928

IX

Isabel Maldonado E.

Señor Jesús, amor omnipotente,
que quisiste, ocultando tu grandeza,
asumir nuestra vil naturaleza
y asemejarte al hombre delincuente.

Siendo de todo bien principio y fuente,
viviste en el dolor y la pobreza;
y en una cruz mostraste tu realeza
con corona de espinas en la frente.

¿Y hoy, a una niña como yo, que apenas
sabe de tu hermosura y poderío
vienes, las manos de mercedes llenas?

Y ante el exceso de tu amor eterno
¿no habré yo de pagarte, Jesús mío,
tanta bondad con el amor más tierno?

1933

X

Rosa Matilde Jijón

¡Oh, Jesús! en los brazos maternales
de María, tu Madre Inmaculada,
a Ti, que todo hiciste de la nada,
Te he visto, envuelto en míseros pañales.

Mas aquí, de apariencias materiales
de pan vestido, veo tu sagrada
Persona a tal extremo anonadada,
que ni de Dios, ni de hombre, hallo señales!

¡El amor de una hechura de tu mano
tan inaudita humillación compensa?...
¿Así al esclavo busca el Soberano?...

¡No ha habido abismo que tu amor no venza
para llegar al corazón humano!...
¡Y el mío colmas hoy de dicha inmensa!

1933

XI

Eugenia Tinajero Martínez

¿Qué misterio de amor pudo obligarte,
Hijo de Dios, a abandonar la altura,
como si adolecieras de locura
de amar al hombre, que no sabe amarte?

¿No bastó que sufrieras encerrarte
en nuestro barro y, vuelto criatura,
soportar una vida de tortura,
y a un infame suplicio condenarte?

¿Aún quieres más? ¿Qué buscas, Señor mío,
que así enloqueces, y manjar Te has hecho,
con que pueda saciarme a mi albedrío?

¿Quieres mi corazón?... Entra en mi pecho,
entra, dulce Jesús, aunque es tan frío,
y aun para humano amor pobre y estrecho!

1936

XII

Carmen Navarro M.

Leyendo, Señor mío Jesucristo,
que a los niños llamabas con ternura,
envidiosa he pensado: ¡qué ventura
la de esos niños que a Jesús han visto!

Mas hoy con tu librea me revisto,
y aquella santa envidia ya no dura:
dicha mayor de celestial dulzura
por tu infinito amor ahora conquisto.

No sólo que me acerque a Ti me dices,
como a los niños de Judea un día;
ni sólo caricioso me bendices,

sino que colmas la ventura mía,
y, más feliz que todas las felices,
hoy me une a Ti la Santa Eucaristía.

1936

XIII

Alicia Calisto Enríquez

Llena de fe me acerco a Ti, Dios mío;
en Ti radica toda mi esperanza;
en tu poder mi pequeñez descansa,
y humildemente en tu bondad confío.

Yo Te presento un corazón vacío,
para que Tú lo llenes sin tardanza
con amor infinito y sin mudanza,
que sólo Tú lo das, y es lo que ansío.

Al recibirte por la vez primera,
al ser contigo estrechamente unida,
quiero ese amor que a todo amor supera;

y que esa llama en mí nunca extinguida,
me engolfe al fin en la eternal hoguera,
para vivir contigo eterna vida.

1927
CASA DE LA CULTURA ECU
BIBLIOTECA NACIONAL
QUITO

XIV

Isabel Borja Peña

Jesús, de la niñez divino amante,
que quisiste endiosar nuestra inocencia,
gozando al verla en Ti por excelencia,
cuando Tú mismo Te volviste infante.

Hoy, desde tu Sagrario, a cada instante
llamándonos estás, y en la vehemencia
de tu amor, por unir nuestra existencia
a la tuya, Te muestras anhelante.

Aquí estoy, Jesús mío; a Ti me llego,
correspondiendo a tu llamada tierna;
ya de tu Corazón percibo el fuego;

ya latir siento tu bondad paterna;
ya me uno a Ti... ¡Jesús, sólo Te ruego
que esta mi unión contigo sea eternal

1937

XV

María del Carmen Borja Peña

Por la primera vez, Jesús divino,
dasme a gustar dulcísimas caricias;
y probar me concedes las delicias
de Ti mismo, trocado en pan y en vino.

Así, cuando comienzo mi camino,
en los misterios de tu amor me inicias;
y me das, dulce prenda, las primicias
de la gloria eternal, que es mi destino.

¡Tu cuerpo, tu alma, tu divina esencia,
todo tu ser en mí!... ¡Señor, el fuego
de tu amor agotó tu omnipotencia!

¡Oh infinita bondad! ¿Cómo pagarte?
Tuya soy, Jesús mío; a Ti me entrego:
¡jamás permitas que de Ti me aparte!

1941

XVI

Joaquín Borja Peña

¿También a mí, Señor,—como si fuera
más que una pobre y tierna criatura,
indigna de tu gracia y tu ternura.—
Te has dignado venir, por vez primera?

¡Yo contigo en mi pecho! ¿Qué ventura
comparable a la mía? ¿Quién espera
ni en ésta, ni en la vida venidera,
más gloria, más riqueza, más hartura?

¿Qué Te daré yo en cambio, Jesús mío?
¿Qué Te pago con darme todo entero,
ni qué satisfacción puedo ofrecerte?

¡Y así me quieres Tú, y este amor frío
pide tu Corazón!... Pues bien, ¡Te quiero,
y Te juro ser fiel hasta la muerte!

1939

XVII

María del Rosario Borja Peña

La flor del campo en la mañana abierta,
si no tiene calor, luz y rocío,
luce un instante efímero atavío
y al punto se marchita y queda muerta.

Así, en la aurora del vivir despierta,
si Tú mi pobre corazón vacío
no llenas con tu gracia, Jesús mío,
pronto iré a perdición y muerte cierta.

Mas, Tú, Señor, el único alimento,
y la luz y el calor que son la vida
me das en este augusto Sacramento,

y, colmando tu amor toda medida,
haces hoy, con dulcísimo portento,
que a Tí me vea estrechamente unida!

1946

XVIII

María Teresa Borja Peña

A tus divinos brazos, Jesús mío,
por la primera vez, ansiosa, vengo;
soy niña: para darte nada tengo,
y es la inocencia mi único atavío.

Mas, todo alcanzaré, si en Tí confío;
si mi vehemente anhelo no contengo
de unirme a Tí; si a tu querer me atengo,
y sólo de ser tuya me glorío.

¡Sí, tuya soy, mi dicha es infinita!:
el alma mía de Ti mismo toma
la gloria cierta a que tu amor la invita!

Porque has querido, en tu bondad paterna,
hacerte pan para que yo Te coma,
¡y este es el pan que da la vida eterna!

1948

XIX

Rodrigo Borja Peña

Ayer, al verte en brazos de María,
con la inocencia de la edad primera,
«¡Oh, hermoso Niño, cómo Te comiera!»
enajenado por mi amor, decía.

¡Y pudo suceder! ¡y éste es el día
en que tu cuerpo en forma verdadera
llegue a ser mi comida!... Absurdo no era
lo que, inocente, mi candor quería!

Y hoy, con el mismo amor, que ha ido en aumento,
a recibirte voy en la Hostia pura,
de nuestras almas único alimento.

Así, dulce Jesús, tu criatura
halla la vida en este Sacramento
y su hambre de infinito plena hartura.

1949

XX

Alfonso Mora Navarro

¡Buscando albergue, Tú, bajo mi techo,
a unirte a mí, pidiendo que Te quiera,
hoy has venido, por la vez primera,
dulcísimo Jesús!... ¿Qué es lo que has hecho?

¡No puedo comprender!... ¡Pero Te estrecho
contra mi corazón; y así quisiera
permanecer unido, hasta que muera
consumido en la hoguera de tu pecho!

¡Pobre de mí si de tus brazos huyo;
pobre de mí, si en mi querer confío
y por mi culpa nuestra unión destruyo!

¡Mas no, que dueño Tú de mi albedrío,
aquí y eternamente seré tuyo,
y Tú, mi Dios, eternamente mío!

1944

XXI

Rosario Mera Navarro

Acudiendo, Señor, a tu reclamo,
como me quieres inocente y pura,
a Ti me acerco con filial ternura,
para decirte que Te adoro y amo.

Unida a Ti, ya siento que me inflamo
en esta hoguera, ¡oh celestial ventura!
y aunque soy miserable criatura
me llamas tuya y yo mío Te llamo.

¡Extraña unión! Yo sólo puedo amarte
con pobre amor; no tengo que ofrecerte!...
¡Todo de Ti, la nada de mi parte!

Dulce Jesús, estréchame de suerte
que por nada, jamás, de Ti me aparte
hasta que eterna haga esta unión la muerte!

1943

XXII

Beatriz Mera Navarro

La humilde florecilla que en el prado
se abre a la vida y en amar se inicia,
vida y calor recibe en la caricia
del esplendente sol que la ha besado.

Así mi alma, también: fuego sagrado,
vida divina y celestial delicia
encuentra en Ti, Jesús, Sol de justicia,
que hoy por primera vez me has visitado.

¿Qué más puede pedir en su existencia
efímera una flor? Y a mí, Dios mío,
¿qué más me puede dar tu omnipotencia?

Ya nada quiero aquí, divina fuente
de infinita bondad: ya sólo ansio
en vida eterna amarte eternamente.

1945

INDICE

		Páginas
	Prólogo.	VII
I	Amor eterno.....	1
	A mi hijo	11
II	¿Quién es Jesús?.....	17
III	¡Nunc Dimittis!	41
IV	Sonetos	59

En vísperas del segundo
Congreso Eucarístico Nacional,
y como homenaje del autor
a Jesús Sacramentado,
imprimióse este libro
en la Editorial Ecuatoriana.
Quito, Junio de 1949.